

El llanto de mi tía o una reflexión sobre el trabajo del actor

Darío Levin ¹

“En la vida real la madre ruega por la vida de su hijo, el criminal ruega por su perdón, el amante reconciliador ruega para tener otra oportunidad. Esa gente no se preocupa de su estado y toda su atención recae en la persona a la que ruegan. Esa obertura hacia afuera lleva al actor a un estado de enorme sensibilidad y hace que su progreso sea emocionante de mirar.”

“En la vida no hay preparación emocional para la pérdida, el dolor, la sorpresa, la traición, el descubrimiento; y en el escenario tampoco”

David Mamet

“**Cuerpo del Drama**”, dossier destinado a divulgar distintas perspectivas de la corporeidad en la escena, me invitó a escribir sobre el trabajo del actor para ser publicado en este espacio de pensamiento, donde se pone en palabras las distintas variables del fenómeno teatral. Si bien esta invitación me halaga, también me plantea el desafío de sentarme a escribir. Hablar sobre este trabajo implica ponerle palabras a aquella actividad a la que, nosotros los actores, habitualmente le ponemos el cuerpo. Tarea nada sencilla cuando uno está acostumbrado a comunicar desde el lenguaje corporal. Sin embargo, lo dicen los mismos escritores, escribir también es poner el cuerpo. Así que le pondré el cuerpo al drama de escribir y de este modo intentaré ponerle palabras a mi trabajo actoral. Entonces ¿Qué hay de peculiar en el trabajo de los actores? ¿Qué es actuar? ¿Quiénes actúan? Hago el ejercicio de interrogarme para garabatear algunas posibles reflexiones. Me animo a considerar que la actuación como fenómeno opera en todos los seres humanos, en todas las etapas de sus vidas, en cada uno de sus diversos actos cotidianos.

¹ Actor, Director y Docente. Desde 2014 dirige la Compañía Teatro Casero de la ciudad de El Bolsón, provincia de Río Negro. dariolevin@hotmail.com

Es algo que viene con nosotros. Actuamos sin saberlo ante las diferentes circunstancias de la vida. No podemos escaparle a hacer, a sentir, a pensar. Esos verbos, también, forman parte de lo que llamamos profesionalmente actuación: hacemos, sentimos y pensamos tanto en la vida como en la escena. Además, en la vida actuamos con otros. Y en el teatro, también. Desde que nacemos hasta que morimos seguimos un guión. Los seres humanos reaccionamos ante las diversas situaciones que nos impone la vida con distintas acciones, intenciones, ritmos, emociones.

Las personas en la vida real actuamos sin saberlo, a diferencia de los actores que sabemos cuándo lo hacemos. Nuestras reacciones en la vida son inconscientes, porque afrontamos situaciones que no esperamos, que no conocemos, y por lo tanto no podemos prever cómo será nuestra reacción. Aunque podamos imaginar o suponer o especular lo que vamos a sentir o hacer ante determinada situación, luego verificamos que no es tan controlable, y que el presente nos atraviesa más que el pasado o el futuro porque lo podemos percibir con todos nuestros sentidos.

Pondré un ejemplo. En toda familia siempre hay una tía adorable. En mi caso, la Tía Negra. Cuando alguien cercano de la familia estaba por contraer matrimonio, ella escuchaba la marcha nupcial, sola, en su casa. Lo hacía varias veces, semanas antes del casamiento. Se imaginaba, por adelantado, la escena de los novios entrando al templo y lloraba de la emoción. Hacía una especie de memoria emotiva anticipada y lloraba sola en su casa con la marcha nupcial de fondo porque decía que de ese modo no lloraría en la ceremonia y evitaría que se le corriera el maquillaje, su gran preocupación. Mi tía que además de ser muy coqueta, también y sin saberlo, ensayaba en su casa, quería controlar algo. Pensaba que anticipando una emoción a través de su imaginación, podría luego eliminarla o evitarla cuando los sucesos que la ocasionan realmente ocurrieran. Lo cierto, es que no le funcionaba, lloraba igual, porque la escena real era mucho más contundente que cualquier cosa que ella pudiera imaginar.

La escena sucede en el presente, está ahí. Y dentro de ella están los cuerpos vivos que se modifican entre ellos al percibirse. Podemos imaginar muchas cosas pero **percibir** la escena es irrevocable, único y precioso. **Y percibir es habitar el presente.**

Es una acción que sucede en relación a la otredad, entendida como compañeros de escena, el espacio, estímulos lumínicos, sonoros, etc. Por más que ensayemos y ensayemos, como mi tía, por más que intentemos controlar algo, como mi tía, luego hay algo que vuelve a escapársenos de las manos cuando estamos en plena escena. Y lo más maravilloso es que podemos seguir adelante, aunque se nos corra el maquillaje. Como a mi tía. La vida y el teatro son puro presente y el presente es incontrolable.

En la vida no somos conscientes de que actuamos, por lo tanto no ensayamos, simplemente hacemos, sentimos y pensamos, la vida acontece siempre. Aunque a veces no quisiéramos llorar, lloramos. Por el contrario, el actor está completamente consciente que está actuando y que, además, lo está haciendo para un otro. Esta obviedad pareciera ser una condición fundante de la actuación. El actor sabe que lo miran, que esperan que repita algo que ensayó y organizó de algún modo. La gran diferencia con mi tía es que ella no sabía que ensayaba, y cuando llegaba maquillada para la escena que tanto había imaginado, lloraba igual, sucedía algo que no había previsto. ¿Y qué no había previsto? El presente de la escena y de cómo ella la percibía y reaccionaba a esa experiencia. Los actores, a diferencia de mi tía, sabemos que ensayamos, y ensayamos algo que sabemos que vamos a repetir y no a evitar. El enigma sería, ¿cómo hacemos para repetir algo ensayado y que, sin embargo, se deje atravesar por el presente?

Entonces pienso en el verbo **estar**, estar en cada escena, en cada acción, en cada palabra pronunciada. ¿Cómo estar presente? ¿Cómo estar en cada instante del recorrido de una obra, cómo no anticiparme ni retrasarme en cada acción? ¿Cómo estar en escena si, en verdad, ya estoy con mi cuerpo? ¿Cómo hacer que la actuación sea un acto vivo, que no tenga pasado ni futuro como cada instante de nuestras vidas? ¿Qué implica, entonces, estar en escena? Si la vida sencillamente se vive ¿cómo se actúa, sencillamente, en la actuación? ¿Cómo hacemos, como mi tía, para percibir y dejarnos modificar por el presente?

Estar consciente en escena le permite al actor desplegar, conocer y entrenar las herramientas necesarias para poder actuar y poder repetir cada noche una misma obra. Actuar implica conocer esas herramientas que nuestros diferentes maestros de actuación no se cansan de repetir. Enumeremos algunas de esas herramientas: reconocer el recorrido que deberá realizar un personaje dentro

de determinada estructura dramática, la corporalidad de tal o cual personaje, las direcciones del espacio, las variaciones del ritmo, la potencia de la quietud del cuerpo y del gesto estudiado, los colores de la voz, las tensiones que producen los desequilibrios y asimetrías sensibles del cuerpo, y fundamentalmente, de cómo todo lo que está fuera del actor lo modifica, lo actualiza, lo sensibiliza, le otorga presente.

Está bien, me digo, estas son herramientas, pero no alcanzan todavía para estar ahí. Las herramientas ayudan, permiten estudiar mi instrumento de trabajo, conocerlo a fondo, pero aún no es suficiente. Hay un momento, un instante, donde dejé de estar y siento que todo se derrumba, se desmorona. ¿Qué hago? ¿Qué sucedió que, en un momento, dejé de estar, no con el cuerpo, sino que sencillamente dejé de estar en la escena?

El actor está en la escena con su cuerpo, eso es un hecho, y eso implica estar permeable, poroso a todo lo que lo circunda. El actor no debería ensimismarse, encerrarse, perder conciencia de donde está y de lo que está haciendo. Repito: esto no debería ocurrir pero muchas veces ocurre. Entonces cuando ocurre, hacemos como que en vez de estar en cada acción. Y el como que ya sabemos que resulta falso y lo falso es una traición, un engaño. No buscamos eso. Buscamos verdad. Estas frases de Perogrullo, del viejo maestro, siguen aún vigentes. Estar aquí y ahora, ser verdaderos. Maldición, me digo, hay algo que aún no podemos nombrar, que no controlamos por más cursos o seminarios de actuación que hagamos o libros sobre teatro que leamos. Siempre hay un momento donde la fragilidad del teatro aparece y algo se resquebraja, deja de suceder, dejamos de estar. ¡Recórcholis!

Otra cosa importante: el público también está ahí con su cuerpo como los actores. El teatro está en el medio de esas dos presencias, pienso, no de un solo lado, el teatro está en el entre de esos dos organismos vivos. Por eso el contacto entre esas dos presencias es vital. El teatro es el encuentro y el entramado de dos mundos: uno real y un otro, también real, porque también está habitado por seres vivos que proponen un mundo con sus leyes particulares. Son dos realidades con reglas diferentes pero son dos realidades. Dos realidades que se encuentran para producir un acontecimiento. Sin embargo, sigo pensando, que todo esto tampoco alcanza para garantizar mi permanencia en la escena. Entonces, ¿qué más puedo decir sobre la actuación?

Seguiré intentando poner en palabras.

Como decía un poco más arriba, estar en escena, implica diversos modos de abordajes técnicos y sensibles que, creo, son tan variables y hasta intangibles como actores existen. Creemos saber de métodos o de procedimientos para entrenar un cuerpo actuante o para abordar determinada escena, pero luego cada actor o cada actriz poseen en sí una preciosa subjetividad que es muy difícil de poner en palabras. Se me ocurre pensar que sólo el ejercicio de este oficio permitirá a cada actor y actriz conocer esa subjetividad propia y única, amasar su singularidad, desarrollar sus potenciales, afrontar nuevos desafíos, etc. Actuar, actuar, actuar, como en la vida misma e ir aprendiendo de los errores, de los aciertos, de cómo querer capturar algo que constantemente se nos escapa. Esto ya lo escuchamos pero tal vez haga falta volverlo a decir. Se aprende haciendo y nunca se terminará de aprender.

Como mi tía que, ante una nueva fecha de casamiento, no se rendía y volvía a ensayar, los actores también volvemos a hacerlo. Como ella queremos controlar el maquillaje. Ella escuchaba la marcha nupcial, imaginaba y lloraba para vaciar una emoción, como si las lágrimas estuvieran contadas. Ella creía que podía controlar el futuro. Pero no podía. Sin embargo, tampoco renunciaba. Seguía ensayando, intentando controlar su cuerpo y sus emociones. Lo hermoso es la paradoja: ensayar, fijar o intentar controlar lo que luego no tendrá control. Tal vez el desafío para los actores sea crear en el proceso de ensayo un entramado de acciones y emociones que sea resistente pero flexible al inasible y sorpresivo presente.

Aunque hago el intento, la subjetividad de cómo estar en escena en ese acto consciente que significa la actuación, es algo que me deja sin palabras. Sólo puedo ejercerlo, experimentarlo con el cuerpo para seguir develando el drama del teatro que me sabe a puro misterio.

Como mi tía, sigo ensayando. A diferencia de ella, lo hago con conciencia y a sabiendas que hay algo que se me escapará siempre, como las lágrimas que ella dejaba correr cuando no había más nada que hacer, sólo estar en la escena, percibiendo y dejándose conmover por el rotundo presente. Y eso, como dice David Mamet, es un acto de coraje:

“Stanislavski decía que la persona es mil veces más interesante que el mejor actor en que se pueda convertir. Y cuando el actor respeta su pie y lo dice aunque esté inseguro, el público ve aquella persona interesante. Ve coraje auténtico, no un retrato del coraje, sino coraje auténtico”

“El estudio de la interpretación consiste en general en salir de nuestro camino, y aprender a vivir con la incertidumbre y estar cómodos cuando estamos incómodos.”

